

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Hugo Sarabia Swett

Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.

Cuadernos del Archivo de la Universidad 51

Lima, 2009

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

Hugo Sarabia Swett: Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.

. -- Lima : PUCP, 2009.

p. 48: il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 51)

© Pontificia Universidad Católica del Perú – Archivo de la Universidad, 2009.

Av. Universitaria 1801, Lima 32

Teléfono: (511) 626 2000 anexo 3713

Telefax: (511) 626 2857

E-mail: archivo@pucp.edu.pe

Dirección URL: <http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-04114



A handwritten signature in black ink, which appears to read 'Hugo Sarabia Swett'. The signature is fluid and cursive, with a horizontal line underneath the name.

Ingeniero HUGO SARABIA SWETT
Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.
18 de diciembre de 2007
(Foto por Giovanna Fernández)

Presentación

Tuve la suerte de conocer al ingeniero Hugo Sarabia Swett cuando ingresé en calidad de alumno a la Universidad, allá por 1958; y este año, en consecuencia, se cumplen 51 años de una cercana relación profesional y amical. Los años han pasado, pero debo resaltar que, en todo este largo camino de la vida, siempre encontré en él un ejemplo a seguir. Sería muy largo hablar en esta ocasión sobre su vida profesional, sobre su persona, sobre su dedicación y su amor por la Universidad. Solo quisiera resaltar muy sucintamente ciertas etapas que han dejado huellas en mí y, creo, también en todos quienes lo conocemos.

Yo fui su alumno en las prácticas de un curso llamado *Geometría Analítica*, que estaba a cargo del profesor y decano ingeniero Ricardo Rey Polis, en el antiguo local de la Facultad de Ingeniería, en el Centro de Lima. Hugo y el ingeniero Enrique Zapata era el dúo más temido por nosotros los *cachimbos*, tanto por la dificultad del curso, como por la exigencia que imponían ellos en su calidad de jefes de práctica. Nuestros dos jefes de práctica eran puntualísimos, y no les podíamos hacer *el famoso cuarto de hora*, como siempre era nuestra esperanza, para no dar la práctica (ésta era una norma que estaba vigente en la Facultad y se refería a la tolerancia que tenían los jefes de práctica para iniciar las prácticas; si no se cumplía al segundo, la práctica quedaba suspendida por la Facultad, con la consiguiente responsabilidad para los jefes de práctica y la "felicidad" de nosotros los alumnos).

El dúo Sarabia-Zapata era muy claro asesorándonos, y muy explícitos para indicarnos sus comentarios en los cuadernillos calificados; tan claros eran que también se leían muy bien las notas que nos asignaban: 00, 02, 03, etc., según los errores que

hubiéramos cometido; pero al final reconocíamos que eran siempre muy justos en la calificación de nuestros trabajos.

Luego de terminar mis estudios de Ingeniería, ya en 1965, la Universidad decidió crear las primeras plazas de profesores con dedicación a Tiempo Completo (TC) y fui invitado, conjuntamente con un grupo de jóvenes profesores, para esta tarea. Fue en esta época que Hugo, también profesor TC, nos orientó sobre lo que significaba ser un profesor TC de la Universidad Católica; y él era quien nos guiaba y daba el ejemplo con su dedicación no solo a la Facultad sino también a la Universidad. Una de mis responsabilidades, en esa época, fue la de ser jefe de prácticas del segundo curso de *Cálculo Infinitesimal* (hoy *Cálculo 3 y 4*) que él dictaba; volví entonces a ser testigo y, podría decir con algo de cariñosa malicia, "víctima" de su minuciosidad: él me daba la propuesta de práctica con unos días de anticipación para que yo la resolviera por diferentes métodos, y luego nos reuníamos para confrontar mis soluciones con las suyas, antes de entrar a asesorar a los alumnos en la práctica. No obstante, fue en ese trabajo exigente que encontré en él al amigo, al maestro, al matemático más claro que haya podido conocer.

Bajo el rectorado del Padre Felipe Mac Gregor, en 1966, el grupo de profesores TC fue invitado a formar parte del Departamento de Ciencias recientemente creado. Debíamos escoger entonces nuestra dedicación: las Ciencias Básicas o las Ciencias de la Ingeniería. Hugo optó por la especialidad de Matemáticas, y Miguel Piaggio y yo escogimos Física. Pronto la Universidad nos propuso estudiar el postgrado en nuestras nuevas especialidades en la Universidad de Notre Dame, en los Estados Unidos de Norteamérica. Allí nos encontramos con Hugo en 1967; él fue con su esposa Flavia y sus tres hijas muy menores. Tuve oportunidad de verlo en su nueva etapa de estudiante de postgrado de matemáticas, etapa que fue de trabajo académico intenso, sobre todo para nosotros que veníamos de estudiar y ejercer la ingeniería civil; sin embargo él se daba el tiempo suficiente para una dedicación plena al estudio y a su familia

Recuerdo que, muchas veces, cuando lo visitaba lo encontraba jugando con sus hijas y le preguntaba sobre los innumerables *homeworks* que dejaban los profesores; él me decía: "Ya cumplí con todo, los problemas que nos dejaron fueron "papayita"; más bien le he propuesto al "profe" algunos problemas de mi cosecha". Hugo concluyó sus estudios en tiempo récord, y con notas sobresalientes obtuvo el grado de *Master of Science* en la especialidad de Matemáticas de la Universidad de Notre Dame.

Hay un dicho muy conocido en muchas culturas y que aún subsiste: "Todo lo que vale, cuesta", y su opuesto: "Lo que no cuesta dedicación, trabajo, esfuerzo, no es de gran valor". En estos tiempos de computadoras veloces y multimedia, estas ideas parecieran, a veces, perder sentido, porque la tecnología hoy nos permite hacer muchísimas cosas muy rápido y sin mayor esfuerzo, con solo tocar un botoncito. Pero la tecnología no ha inventado un aparato para formar personas, seres humanos íntegros, porque, me parece, ello siempre pasará por el crisol del trabajo perseverante, del esfuerzo, de la superación de las dificultades, de la práctica de valores éticos y morales.

Por eso, hoy agradezco a Hugo su exigencia cuando yo era su alumno y el empeño que siempre ha puesto para que todo salga bien. Su exigencia sale de su misma sustancia, de cómo él es. A Hugo, puedo decir sin temor a equivocarme, no le importa demasiado la envoltura de las cosas, las apariencias, el verbo brillante, la ocurrencia oportuna que origina el aplauso y la admiración. A Hugo le interesa lo esencial, lo sustantivo, lo que verdaderamente vale.

En los años siguientes, mi relación con Hugo fue como colega-profesor. En esta fase he admirado y continuo admirando en él su gran dedicación, no solo en la preparación y dictado de sus cursos, sino también en la atención que brinda a sus alumnos para ayudarlos a resolver sus dudas académicas, y muchas veces personales, y su esmero en transmitirles con su ejemplo los valores éticos y morales.

Son admirables, también, su atención y sus aportes inteligentes en los asuntos del Departamento de Ciencias y de la Universidad en general. Mercedamente, llegó a desempeñar diversos cargos de gobierno, entre los cuales se destacan el cargo de Vicerrector de la Universidad, equivalente a los actuales cargos de Vicerrector Académico y Vicerrector Administrativo, durante doce años consecutivos (1977 a 1984 y 1984 a 1989), en el rectorado del doctor José Tola; y el cargo de Rector durante el quinquenio siguiente (1989 hasta 1994).

Una etapa que no puedo dejar de resaltar es la exitosa gestión rectoral de Hugo, en la cual supo mantener la barca de la Universidad sin perder estabilidad, sorteando las tormentas económicas y sociales que vivió el país durante esa época. Indudablemente estas situaciones amenazaban a nuestra Universidad, pero gracias a su gestión se convirtieron en una oportunidad para que la Universidad buscara formas alternativas de autosostenimiento. Recuerdo que en esos tiempos el contraste era tal que, cuando una persona entraba al campus de la Católica, sentía que entraba a otro mundo, a una universidad sin pintas en las paredes, con jardines bien cuidados, donde se vivía un ambiente de respeto, tolerancia y orden.

En el aspecto de finanzas, un objetivo común durante su gestión rectoral era buscar oportunidades para lograr nuevos recursos económicos, para afectar en lo mínimo las pensiones de los estudiantes y mantener las remuneraciones equilibradas. El aspecto académico, el más delicado, no sufrió en absoluto; por el contrario, la Universidad se fortaleció, se creó nuevas especialidades, diplomas de estudio, nuevas maestrías, se implementaron nuevos laboratorios para la docencia y la investigación y servicios para los estudiantes. Se creó asimismo la Dirección de Finanzas, el Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica (CTT) –actual Centro de Consultoría y Servicios Integrados (INNOVAPUCP)–, el Centro Cultural de la Universidad, el Centro de Estudios Preuniversitarios (CEPREPUC), la Asociación de Egresados y Graduados, se potenció el Centro Comercial Plaza San Miguel, entre otros aciertos.

Por otro lado, durante su gestión, la Dirección de Informática comenzó la informatización de procesos y sistemas académicos y administrativos de la Universidad y ya se hacían las primeras comunicaciones entre profesores e investigadores de instituciones extranjeras usando la Red de Redes, INTERNET, recientemente creada en el ámbito internacional.

A mí me tocó acompañarlo como Director Académico de Investigación durante una parte de su gestión rectoral y pude nuevamente comprobar no solo su dedicación sino su plena identificación con los principios académicos y católicos de la Universidad. Para este cargo, Hugo me encomendó apertura hacia todas las nuevas iniciativas de investigación que se presentaran, tanto en letras como en ciencias, debidamente fundamentadas, y el uso prudente de los recursos siempre limitados de la Universidad.

En lo que concierne al Departamento de Ciencias, Hugo conjuntamente con el doctor José Tola, bajo el rectorado del R.P. Felipe Mac Gregor, en los años 1966 a 1968, fueron los promotores de su fundación e implementación. El Departamento de Ciencias fue creado para desarrollar las ciencias básicas al más alto nivel en la Universidad y también para apoyar las futuras carreras de ingeniería, que pronto iban a iniciarse. La formación de profesores con los más altos grados académicos fue y continúa siendo una meta de nuestro Departamento de Ciencias, establecida por sus fundadores. Hoy ya se ven frutos muy importantes de esa trascendental decisión: el Departamento de Ciencias es una de las unidades académicas con el mayor número de publicaciones científicas en revistas de prestigio internacional.

En resumen, Hugo representa para mí y para todos los que lo conocemos, el personaje emblemático de nuestra actual Facultad de Ciencias e Ingeniería; él encarna lo que algunos, en los viejos tiempos, llamaban el Espíritu de la Facultad. De hecho, muchas de las características y valores que él nos enseña con su ejemplo, desde hace ya cincuenta años, han quedado inscritos en el Plan Estratégico 2007-2010 de nuestra querida Universidad.

Creo que me quedo corto en expresar lo que Hugo ha significado para nosotros como profesor de profesores y como amigo. En pocas palabras, considero a Hugo Sarabia como el fruto maduro del árbol que 92 años atrás plantara el R.P. Jorge Dintilhac: responsabilidad, esfuerzo, tenacidad, trabajo, carácter y todo ello desde la honestidad, la austeridad, la sencillez, la cordialidad, el respeto a los demás; características que acompañan siempre a toda grandeza humana.

Agradezco al comité editorial de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* por esta oportunidad para hablar de Hugo Sarabia en esta importante publicación sobre la vida de nuestra institución, que se suma a otros muchos reconocimientos que se le han realizado, como la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.*, que la Universidad le otorgó en reconocimiento de su contribución al desarrollo institucional; y al homenaje que le brindó recientemente la Asociación de Egresados y Graduados por ser un egresado distinguido.

Porque él no solo es y ha sido una autoridad, un profesor destacado y un ex alumno distinguido, sino también todo un ícono de nuestra Universidad. Solo me queda agradecerle por todo lo que nos dio y nos da, y pedirle que continúe haciéndonos partícipes de su ejemplo de vida, que nos fortalece y nos enriquece profesional y espiritualmente en la tarea común de formar a los profesionales del mañana.



Luis Montestruque Zegarra
Profesor principal
Departamento de Ciencias



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

CONSEJO UNIVERSITARIO

RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N° 132/2007

EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista la propuesta de conferir la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al ingeniero Hugo Sarabia Swett;

CONSIDERANDO:

Que, mediante la Resolución de Consejo Universitario N° 1102/98 de fecha 11 de noviembre de 1998, se creó la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú para distinguir a aquellas personas naturales, vinculadas o no a la Universidad, que se destaquen por sus valores cristianos, cívicos o humanos, o que hayan aportado significativamente a la Universidad, a la educación superior, a la colectividad o al país;

Que el ingeniero Hugo Sarabia viene realizando, desde 1956 hasta la fecha, una significativa contribución a la vida de la Universidad a través de una fecunda actividad docente en beneficio de numerosas promociones de alumnos en el campo de las Matemáticas;

Que, de 1977 a 1989, el ingeniero Sarabia llevó a cabo una ejemplar gestión del cargo de Vicerrector de la Universidad, durante la cual prestó un activo apoyo al gobierno universitario en una época de crecientes cambios institucionales y sociales del Perú;

Que, de 1989 a 1994, periodo en el cual ejerció el cargo de Rector de esta casa de estudios en medio de circunstancias singularmente críticas y adversas en la historia del Perú, el ingeniero Sarabia propició de manera previsor y amplia el desarrollo general de la Universidad a través de importantes obras, tales como la creación de la Dirección de Finanzas, el Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica (CTT) –actual Centro de Consultoría y Servicios Integrados (INNOVAPUCP)- y el Centro Cultural de la Universidad, a lo cual cabe sumar la actualización del sistema informático institucional;

Que, asimismo, durante el rectorado del ingeniero Sarabia se procuró resaltar la función formativa, humanística e interdisciplinaria de la Universidad, a través del apoyo a la creación de especialidades, diplomas de estudios y maestrías, el fomento de la extensión universitaria, la proyección social y la internacionalización académica, y el mantenimiento del sistema de servicio social para los estudiantes;

Que, en síntesis, el ingeniero Sarabia sigue ofreciendo a través de su labor docente el ejemplo de un pensamiento y una conducta basados en los valores cristianos y, a lo largo de su fecunda actividad en el gobierno de la Universidad, ha procurado la modernización integral y la afirmación de la identidad católica de nuestra casa de estudios, con una profunda confianza en los principios y fines de la institución frente a los exigentes retos que han venido encarando nuestros claustros;

Que, por lo expuesto, existe amplio mérito para el otorgamiento de la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al ingeniero Hugo Sarabia Swett;

En conformidad con lo establecido en la Resolución de Consejo Universitario N° 1102/98 de fecha 11 de noviembre de 1998 y en uso de las atribuciones que le confiere el artículo 79° del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:

Conferir la Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC., de la Pontificia Universidad Católica del Perú al ingeniero Hugo Sarabia Swett.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 17 de octubre del 2007


RENE ORTIZ CABALLERO
Secretario General


LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA
Rector

Un magno rector

Miguel Piaggio Henderson

Quisiera empezar estas breves palabras agradeciendo al señor Rector y al Consejo Universitario por la gentileza y el gesto de confianza de encargarme intervenir, en nombre de la comunidad universitaria, en esta ceremonia que es, a todas luces, de enorme trascendencia para nuestra vida institucional.

Nuestra Universidad, como bien sabemos, ha cumplido este año nueve décadas de existencia y el camino recorrido hasta ahora nos señala un horizonte de muchos logros materiales, logros que relucen especialmente en un medio social como el nuestro, tan limitado y austero en el terreno de la educación. En este tiempo nuestra Casa no ha cesado, en efecto, de ampliar y modernizar sus aulas y ha visto renovadas, en cada generación, las magnitudes y equipamiento de sus laboratorios y de sus bibliotecas, creando modernos ambientes en donde es posible enfrentar los exigentes desafíos que implica el cultivo del conocimiento hoy. Y a pesar de ello nuestro campus no ha alterado su fisonomía original: sus extensos patios y jardines, que atraen la atención de propios y extraños, preservan su cautivante verdor y componen un espacio hospitalario favorable a la reflexión y al estudio.

Hablar de todo ello resultaría insuficiente, sin embargo, si quisiéramos explicar de qué está hecha la verdadera riqueza de nuestra Casa. Porque más allá de cuanto ella posea o haya adquirido en términos materiales, es claro que la Universidad Católica encuentra su valor más elevado y duradero en los miembros de su comunidad, en las virtudes de aquellas personas que, en su diario trajín, ponen en acto su esencia y cumplen así la más propia naturaleza de nuestra institución.

Por ello, porque ante todo somos una comunidad y consideramos lo humano como valor superior, nos sentimos profundamente complacidos de honrar hoy al ingeniero Hugo Sarabia Swett, quien

es un modelo de cómo debe cultivarse la vocación universitaria cuando es asumida como motivo de toda una vida. Y decimos esto porque él ha encarnado una trayectoria signada por la rara virtud de la constancia, que nos habla de una persona que, siendo formada en nuestras aulas, prolongó ese vínculo esencial convirtiéndose en maestro; pues maestro es, en verdad, quien, como él, entiende que la enseñanza es aprendizaje constante, diálogo nunca acabado con la realidad, pasión y vocación de servicio que busca hacer nacer en el alumno las virtudes más firmes y los saberes más claros.

Las materias que ha enseñado durante más de cincuenta años de trabajo ininterrumpido en esta su *Alma Mater* se encuentran ligadas a las matemáticas. En esa fecunda labor lo que ha hecho es introducir a sus alumnos, siempre con renovado entusiasmo, en las maravillas del mundo de los números y sus aplicaciones y, a través de ese saber, les ha mostrado un orden pleno de formas y correspondencias precisas; un orden que, recordémoslo, es, a decir de los filósofos pitagóricos, el fundamento invisible de las cosas y que constituye, junto con los cielos y la música, el medio por el cual se manifiesta y se adquiere la armonía. De esta manera, les ha hecho comprender que el conocimiento que adquirimos sólo es verdaderamente relevante cuando nos sirve para encaminarnos hacia una dimensión superior.

Bien podemos decir entonces que el ingeniero Sarabia, experto en teoremas, esto es, en el trabajo abstracto con el intelecto, ha sido plenamente consciente que, tras el mero trasvase de conocimientos, existe un asidero más elemental, una delicada materia que constituye la preocupación mayor de la Universidad: el espíritu humano, aquel que da sustancia a nuestra experiencia y que es particularmente moldeable en las personas más jóvenes. Así pues, dedicándose con ímpetu firme a la docencia –hoy enseña el importante tema de las series y transformadas, que nos pasa del desagradable e implacable dominio del tiempo, al simpático y cadencioso dominio de la frecuencia de gran aplicación en el procesamiento de señales– y plasmando sus enseñanzas en un indispensable libro introductorio a la geometría analítica y al

análisis matemático dirigido a los que se inician en la Ingeniería, nuestro homenajeado ha sabido proyectar su carisma de formador hacia el terreno de las calidades humanas.

Y sin embargo, con todo lo valiosa que es, sería erróneo decir que la contribución del ingeniero Sarabia a nuestra Casa se ha limitado al quehacer docente; ella ha comprendido también, de un modo intenso y protagónico, el ámbito del gobierno universitario. Entre los puestos de importancia que ejerció están el de Secretario de la Facultad de Ingeniería y el de primer Jefe del Departamento de Ciencias. Posteriormente pasaría a la Dirección Académica del Régimen Académico de los Profesores, lugar desde donde emprendió innovadoras pero necesarias reformas que fortalecieron el trabajo y la calidad de nuestros profesores. Más adelante sería elegido Vicerrector, cargo que ocuparía con singular acierto durante doce años y en el que, al no existir la división entre la parte académica y la parte administrativa, asumiría ambas responsabilidades. Ya a partir de 1989, él mismo se encargaría de conducir los destinos de nuestra institución. No es éste el momento para detallar los muchos logros que tuvo durante sus cinco años de tarea rectoral, pero sí me gustaría mencionar algunos hitos, como la constitución de nuevas especialidades como la de Ingeniería Informática; el restablecimiento, luego de veinticinco años de receso, de la ceremonia de inauguración del año académico; la construcción de un local más amplio y mejor equipado para la Biblioteca de Estudios Generales Ciencias; la creación de unidades tan importantes como el Centro Cultural PUCP, el Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica (CTT) y la Asociación de Egresados y Graduados; y, dentro de otro dominio pero no por ello menos significativo, la formación de la Dirección de Finanzas, que le permitió realizar una administración económica eficaz e inteligente durante una época especialmente dura para el país, como fue la de la hiperinflación, la escasez de alimentos y los constantes apagones. En este punto habría que resaltar que, gracias a su iniciativa, todo el personal de nuestra comunidad empezó a beneficiarse de los hoy ya instituidos programas de adquisiciones. Su labor como autoridad trazó, pues, muchos de los caminos por los cuales nuestra Universidad

transitaría para alcanzar el liderazgo y el prestigio académicos, pero también la solidez y la tranquilidad económica, de los que hoy, con toda justicia, goza.

No podemos dejar de mencionar que, tanto en el magisterio como en la gestión administrativa, el ingeniero Sarabia ha sabido ganarse el respeto y la simpatía de quienes han tratado con él. Honestidad, puntualidad, equidad, coherencia entre lo que dice y hace, gran espíritu de trabajo absolutamente autorresponsable son algunas de sus virtudes personales, a las que habría que agregar su total entrega a su bella y muy unida familia, hoy presente entre nosotros y que precisamente, por estos días, celebra cincuenta años de constituida. Al lado de esas cualidades, presidiéndolas más bien, está su profundo sentido religioso, ese esencial compromiso con la vida y la preocupación moral que brota de las fuentes del mensaje cristiano. Ese apego suyo a una verdad trascendente ha encontrado, por cierto, un terreno fértil y propicio en los cauces de esta Casa, *su Casa*; porque si algo hay que distingue al ingeniero Sarabia —es casi innecesario decirlo—, es su identificación plena, inalterable con ella.

Estimado ingeniero Hugo Sarabia Swett; muy apreciado Hugo:

El retrato que he presentado es apenas un esbozo, un limitado intento de abarcar ese amplio y rico paisaje que es tu vida y que se ha hallado dedicada por completo a la docencia y al servicio de nuestra institución. Considero por ello muy justa la decisión del Consejo Universitario de otorgarte esta *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.*, a través de la cual la Universidad, y con ella todos los que te conocemos y admiramos, expresamos nuestra más profunda y sincera gratitud a quienes, como tú, han dejado huellas imborrables en su historia.

Gracias por tu sincera amistad, sin compromiso, y el Padre Marzal hoy, justamente martes, debe estar celebrando una Misa especial para acompañarte en este homenaje.

Muchas gracias.

Invariablemente honesto

Luis Guzmán Barrón Sobrevilla

Ingeniero Hugo Sarabia Swett, antiguo Rector de la Universidad, autoridades universitarias, querida familia de Hugo, amigos todos.

Nos reunimos en sesión solemne para rendir un merecido reconocimiento al ingeniero Hugo Sarabia Swett otorgándole hoy la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Es para mí una verdadera satisfacción cumplir con este encargo del Consejo Universitario, pues distinguimos a una figura de primer orden en nuestra Casa de Estudios. En efecto, como ya lo ha señalado Miguel Piaggio, la destacada trayectoria académica y profesional del ingeniero Sarabia nos señala una extraordinaria vocación de servicio y un compromiso con esta Universidad a la que ha dedicado prácticamente toda su vida, ejerciendo la docencia durante más de cincuenta años y ocupando importantísimas responsabilidades en el gobierno de la institución.

Quisiera reseñarles muy brevemente los principales vínculos que unen estrechamente al ingeniero Sarabia con nuestra Universidad. He tenido la oportunidad y el privilegio de tratarlo durante muchos años y de trabajar muy cerca de él. Conozco y aprecio lo mucho que ha hecho por esta Casa de Estudios, tanto en la docencia como en las diversas responsabilidades que nuestra comunidad universitaria le ha confiado.

Ambos nos formamos en estas aulas como ingenieros civiles; apenas culminó sus estudios universitarios se inició en la docencia, como muchos de nosotros, como jefe de prácticas, en este caso de *Geometría* y de *Cálculo*. Luego de un breve pero importante paso por la actividad profesional, su jefe de entonces, el ingeniero Ricardo Rey Polis, quien se desempeñaba como decano en la

entonces Facultad de Ingeniería, lo convenció para que se incorpore como profesor a nuestra Universidad y así pasó a ser uno de los primeros docentes a tiempo completo del sector de Ciencias e Ingeniería.

Se inscribió en unos cursos para profesores de Matemáticas que ofrecían en la Universidad Nacional de Ingeniería y luego de esa experiencia decidió dedicarse a la enseñanza de Matemáticas; fue protagonista importante en la creación del Departamento de Ciencias y, como señaló Miguel, fue su primer jefe.

Más adelante, dentro del programa de apoyo de la Fundación Ford al desarrollo de las ciencias de nuestra Universidad siguió estudios de postgrado y obtuvo el grado de magíster en Matemáticas en la Universidad de Notre Dame.

Como buen maestro su dedicación a los estudiantes no se ha limitado a las clases; el ingeniero Sarabia es un profesor implacablemente exigente, pero jamás ha dejado de ofrecer a sus alumnos largas horas de asesorías con el fin de orientarlos o de esclarecer aspectos difíciles.

Como auténtico hombre de ciencias, el ingeniero Sarabia ha despertado en sus alumnos la motivación necesaria, no solo para adquirir complejos conocimientos sino también para embarcarse en la aventura de la investigación científica. En ese camino, la persistencia y la disciplina deben de ir de la mano y por supuesto la puntualidad. Todas esas son cualidades que sin duda lo caracterizan y que con sus lecciones, su ejemplo y su obra ha inculcado a numerosas generaciones de científicos e ingenieros de nuestra Universidad.

Miguel Piaggio ha dado cuenta de los cargos que ha desempeñado en nuestra Universidad. Yo solo quiero recordar que cuando era vicerrector y durante los primeros años de su rectorado, nuestro país atravesó una grave situación de descalabro e inestabilidad económica que afectó profundamente a la Universidad. La importante subvención que el Estado otorgaba

a nuestra institución había disminuido dramáticamente hasta prácticamente desaparecerla. En este escenario adverso en el que la mera supervivencia constituía un mérito en sí misma, el ingeniero Sarabia concretó una gestión sólida, con la creatividad y la prudencia como rasgos distintivos. Propició la creación de diversas unidades en la Universidad con la finalidad de contribuir al desarrollo institucional y simultáneamente de generar ingresos adicionales que permitieran solventar el presupuesto de la Universidad sin incrementar las pensiones de los alumnos. Convencido de que es imposible ofrecer una educación de calidad sin la debida retribución al esfuerzo de profesores y trabajadores, logró también mantener un pago puntual en aquellos difíciles meses de hiperinflación. Quienes hemos asumido el gobierno de la Universidad al término de su rectorado hemos podido continuar transitando la senda del desarrollo institucional gracias a su acertada gestión.

Esto es algo que yo he repetido siempre y que no me cansaré de decirlo. Nosotros, Salomón Lerner, quien habla y Marcial Rubio encontramos una universidad limpia, una universidad sin deudas, una universidad que había atravesado una época muy difícil pero que estaba en condiciones de avanzar y eso nos permitió continuar con la senda de progreso de nuestra Universidad.

Si como afirmaba Descartes "La matemática es la ciencia del orden y la medida" también puede revelar rasgos del carácter de quien la cultiva. El ingeniero Sarabia es un hombre de ideas claras, extremadamente ordenado, de impecable coherencia y lealtad, parco en el decir, pero invariablemente honesto, es hombre de fe, de sólidos principios y de un alto sentido del deber. Hasta en las situaciones más difíciles que nuestra Universidad ha enfrentado, su comportamiento sereno y firme nos ha ofrecido valiosas enseñanzas.

Nuestro homenajeado sabe bien que el signo distintivo de una auténtica institución universitaria es ofrecer una formación integral. Su trabajo en consecuencia se ha orientado a hacer que nuestra Universidad cumpla de manera responsable y cabal con

su misión esencial, la de ofrecer una educación rigurosa y amplia que propicie el despliegue de los mayores talentos y facultades del ser humano.

Rigor intelectual, idoneidad en el saber y por encima de todo esto claros principios éticos y cristianos son, en apretada síntesis, los principales valores que a lo largo de cinco décadas de servicio a la Universidad Católica el ingeniero Sarabia ha sabido inculcar y promover.

Al otorgarle la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* nuestra comunidad universitaria le reitera los sentimientos de admiración y afecto, al tiempo que le expresa públicamente su más profunda gratitud por el compromiso, dedicación y lealtad indeclinables que ha puesto al servicio de nuestra Casa de Estudios.

Ingeniero Hugo Sarabia Swett, reciba esta Medalla que evoca al fundador de nuestro claustro, al reverendo padre Jorge Dintilhac, quien como sabemos se empeñó en hacer de la Universidad Católica un espacio académico al servicio del país, un lugar que fomente el diálogo entre la razón, la fe y el compromiso con la sociedad.

A partir de hoy su nombre y el de nuestro fundador se unen para encarnar el espíritu originario de nuestra Universidad; es justamente la vigencia de ese espíritu de dedicación e integridad el que usted ha sabido preservar de manera ejemplar, lo que ha hecho que la Pontificia Universidad Católica del Perú alcance nueve décadas de existencia en una situación de indiscutible fortaleza institucional. Permítame ahora colocarle la medalla y entregarle el diploma que le distingue como poseedor de la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.*

Mi vida en la Universidad Católica

Hugo Sarabia Swett

Primero quiero agradecer las palabras tanto del señor Rector como las del Decano de Estudios Generales Ciencias que, como ya sabemos en estos actos, es difícil que señalen los defectos que tiene el homenajeado. Que mis nietas no crean que todo lo que han dicho de mí es absolutamente la verdad.

Voy a procurar, de manera más o menos no muy larga, contarles un poco cómo ha sido mi relación con la Universidad Católica a lo largo de estos más de cincuenta años desde que la conozco. Trataré de separarla en algunas etapas en la que mi dedicación a la Universidad fue marcadamente diferente.

En primer lugar, voy a mencionar algo acerca de los años previos a mi iniciación en la docencia de la Universidad Católica. Mi primer conocimiento de la existencia de la Pontificia Universidad Católica del Perú la tuve en mis primeros años de primaria, cuando mi hermano mayor, Manuel, ingresó a la Facultad de Ingeniería. Recuerdo los comentarios a la hora de almuerzo acerca de la gran disciplina y rigurosidad con la que se llevaban los estudios. Debo confesar que en la casa no todos realmente queríamos a don Cristóbal de Losada y Puga por la fama que tenía de exigente, terriblemente pegado a la regla, a las reglas de la Facultad. Un año después, estando ya en secundaria, mi hermano, el segundo de los tres que somos, Carlos, que está acá presente, también ingresó a la misma Facultad.

Es así que cuando en 1949 terminé mis estudios en el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe no había, pues, ya la menor duda de a dónde iría yo a comenzar y a terminar mis estudios. Efectivamente, me inscribí en la academia de preparación que funcionaba en la Facultad durante los meses de enero y febrero, y muy bien recuerdo a varios de mis profesores, pero en especial a un profesor que se llama Luis Jaime Cisneros, él quizá no lo recuerde,

pero fue uno de mis profesores en ese curso de preparación, me enseñó un brillante curso de álgebra, es una broma, en los pocos dos meses procuró enseñarnos algo de redacción y, sobre todo, de ortografía.

En esa época el número de vacantes que tenía la Facultad no era el mismo todos los años. Esta cantidad se determinaba de acuerdo con los alumnos que aprobaban el primer año de estudios, pues lo que sí se mantenía fijo era el número de cuarenta alumnos en el primer año. Los postulantes andábamos siempre con la esperanza de que aprobaran más alumnos el primer año, pero nunca eran demasiados. Que recuerde, yo ingresé con el puesto número nueve, después de aprobar un examen escrito y además luego los exámenes orales, me parece que las vacantes en ese año fueron, más o menos, dieciséis o dieciocho.

El 1 de abril de 1950, a las 8 de la mañana, inicié mis estudios de Ingeniería en un recinto cedido sin plazo fijo por la Nunciatura Apostólica, un local que quedaba en la esquina del jirón Miró Quesada con la avenida Abancay. No voy a detenerme demasiado en los detalles porque cuando he comenzado a escribir un poco sobre esto inmediatamente han venido a mí muchísimos recuerdos y anécdotas que no es el momento para mencionarlas todas.

Terminé mis estudios en diciembre de 1954 y luego de presentar mi proyecto de grado, así se llamaba, comencé a trabajar en la empresa constructora Rey y Brown ingenieros, de dos exalumnos de la Facultad. Permítanme, en esta ocasión, manifestar mi gran aprecio y agradecimiento al ingeniero Ricardo Rey Polis –que no sé por qué no ha venido porque me ofreció hacerlo, creí que lo había convencido de que viniera– quien supo orientarme y apoyarme en el inicio de tres importantes etapas de mi vida. Fue mi profesor de *Geometría Analítica* al iniciar mis estudios, fue mi primer jefe cuando realicé mis primeros trabajos como ingeniero y fue mi primer decano cuando me inicié en la docencia. En todas estas instancias aprendí a conocerlo y respetarlo y aprecié sus numerosas cualidades de hombre íntegro, responsable, trabajador, siempre veraz...

Ingeniero Rey Polis, gracias por venir, estaba en este instante hablando muy mal de usted. Estaba en el momento que señalaba que había contado con usted, su gran apoyo, cuando me inicié no solo como alumno, sino luego en mi carrera de ingeniero y también en la docencia, dije que en todas esas instancias aprendí a conocerlo y respetarlo y aprecié sus numerosas cualidades de hombre íntegro, responsable, trabajador, siempre veraz, comprensivo, creyente sincero y guía de su familia.

Luego ya viene la etapa en la que mi principal dedicación en mi relación con la Universidad fue la docencia, de 1956 a 1973, diecisiete años. En 1956 ingresé como jefe de práctica del curso de *Geometría Analítica* del profesor Ricardo Rey y muy pronto también del curso de *Cálculo I*, en prácticas que se realizaban los sábados de 3 a 5 de la tarde.

En 1961 se trasladó la Facultad de Ingeniería a su nuevo local en el Fundo Pando, siendo rector Monseñor Fidel Tubino y decano el ingeniero Ricardo Rey Polis. Cuentan que ese mismo día un grupo de alumnos del último año de Ingeniería, acompañado por el recordado y querido Juan Donayres, se presentó en el nuevo local trayendo la campana que el próximo año, en el 2008, cumplirá 75 años anunciando el inicio y el final de las horas de clase. También cuentan, de esto yo no recuerdo, fue hace mucho tiempo, que en ese grupo de alumnos del quinto año se encontraban los actuales profesores Luis Guzmán Barrón, actual rector, Miguel Piaggio Henderson, decano, y Jorge Solís Tovar, quien además es asesor.

En 1964 por primera vez la Universidad aceptó la contratación de un pequeño grupo de profesores de tiempo completo para la Facultad de Ingeniería. Desde 1933 hasta 1964, la Facultad solo contaba con docentes por horas y, por supuesto, también, jefes de práctica. En este año se tomó un grupo de profesores por primera vez entre los que recuerdo estaban los ingenieros Fernando Baquedano, Luis Montestruque, ex decano también de Estudios Generales Ciencias, Ramón Mugica, Miguel Piaggio, Julio Vargas y Hugo Sarabia. Al año siguiente, si no recuerdo mal, se unió a este grupo el ingeniero Luis Guzmán Barrón. Sabiendo que la

decisión iba a significar para mí prácticamente dejar de ejercer la ingeniería y seguramente ingresos económicos más reducidos, así fue, lo consulté con mi esposa, ya teníamos dos hijas, y ella, como siempre, buena consejera, me dijo que la decisión la tomara pensando únicamente en el trabajo que me gustaría desarrollar por muchos años, sin considerar el aspecto económico. Como siempre acertó. Al poco tiempo la Universidad me envió a seguir estudios de postgrado a los Estados Unidos donde estuvimos dos años con nuestras tres hijas, en esa época la menor, Sandrita, fue allá de ocho meses de edad.

El Padre Felipe Mac Gregor, rector de 1963 a 1977, fue quien primero consideró la conveniencia de establecer un Departamento de Ciencias en la Universidad. Es así que en 1965 el doctor José Tola Pasquel fue nombrado pro rector de la Universidad y se le encargó la responsabilidad del establecimiento y el desarrollo de las ciencias en la Universidad. Al año siguiente, en 1966, el Consejo Superior de la Universidad aprobó la creación del Departamento de Ciencias Básicas como unidad autónoma dependiente del Pro Rectorado. Designó al doctor Tola como director del Departamento y a mí como director asistente. La Universidad Católica se adelantó así a un Decreto Ley que en 1969 obligaba a todas las universidades del país la creación de los departamentos académicos.

Con motivo de la creación del Departamento de Ciencias recién tuve la ocasión de conocer personalmente al doctor José Tola Pasquel. A partir de ese momento y por más de treinta años tuve el privilegio de estar cerca de él y así conocer y apreciar a una excepcional persona que poseía una inteligencia que le permitió destacar en Ingeniería, como muy reconocido diseñador de estructuras, y también en las Matemáticas, como docente en varias universidades, investigador y autor de un importante número de libros sobre diversos tópicos de esta ciencia.

El doctor Tola era una persona positiva en todo sentido, siempre buscaba una solución a los problemas, muy conciente de la realidad en la que estábamos pero invariablemente pensando en el futuro. Esto me trae a la memoria un recuerdo, más que un recuerdo,

porque yo no estuve en esos momentos, una anécdota, sobre la comisión nombrada para decidir el área que se reservaría para este campus. El doctor Tola me contaba que le costó muchísimo trabajo convencer a la comisión y establecer un área que para todos les parecía excesivamente grande y que en la vida lo íbamos a poder cubrir, las 43 hectáreas que tenemos ahora. Al final logró convencerlos y, como bien dije, él siempre estaba pensando en el futuro. El doctor Tola, entre muchas cualidades, tenía la de expresarse siempre con claridad, precisión y seguridad. Podría extenderme mucho más sobre el doctor Tola, pero me han dado un tiempo limitado.

Ya en 1969, estando próximo a regresar de mis estudios de post grado, fui elegido jefe del Departamento de Ciencias por un periodo de tres años, de acuerdo con la nueva ley universitaria que en ese momento se daba. También acá, por ejemplo, ahora recuerdo algo que estuvimos evocando hace poco con los profesores de Ciencias. En Ciencias tenemos tres áreas en la que están los profesores adscritos según su especialidad: Matemáticas, Física y Química. A la hora de elegir al jefe de departamento la ley le señalaba tres años del cargo. Pero Ciencias tenía tres departamentos, tres secciones y nos interesaba que no se mantuviera siempre en el cargo profesores de la misma especialidad, que fueran rotando. Y entonces se acordó algo que no estaba escrito en ningún sitio, ni siquiera nuestro reglamento lo señalaba ni lo señala hasta ahora, después de más de treinta años; se acordó que la elección se haga en forma rotativa y, más aún, pensamos en ese momento, en forma rotativa, pero tres años, tres secciones, nueve años, podría ser muy larga la separación entre elección y elección. Entonces se decidió también que los jefes de departamento en lugar de tres años iban a estar solo dos años en su cargo. Y así se realizó, a mí me tocó ser el primer jefe del departamento, a los dos años renuncié al cargo y entró un físico, luego a los dos años un químico y así hemos venido rotando sin ninguna obligación y con la aceptación de Matemáticas, que es la que más profesores tiene, con tranquilidad hubiera podido decidir siempre que un matemático fuera el jefe del departamento. Esto lo cuento porque es una forma de señalar cómo es el trato dentro de la Universidad entre los profesores y

entre las secciones. Siempre hay anécdotas para contar. En estos treinta años solamente hubo un jefe de departamento que no quiso renunciar a los dos años y se quedó los tres años.

En este periodo en el cual yo he señalado que en diecisiete años me dediqué más a la docencia pertenece también, entre los tantos recuerdos que tengo, mi primer enfrentamiento con la realidad universitaria del país, la realidad de ese momento en la que algo ha cambiado ahora, pero parece que no mucho. Me refiero a mi desagradable experiencia como miembro de la llamada Asamblea Universitaria Nacional, que estaba conformada por representantes de todas las universidades del país y estaba encargada de elaborar un estatuto universitario también, que debería regir en todas las universidades nacionales y privadas. A cada universidad le correspondía participar con un determinado número de lo que se llamaba módulos, que dependía a su vez del número de alumnos que tenía cada universidad; había universidades con tres módulos, con dos módulos. A la Universidad Católica le correspondió un solo módulo conformado como todos los demás módulos por una autoridad, en nuestro caso fue el entonces pro rector Jorge Avendaño; un docente elegido por los profesores: me eligieron a mí; y un alumno elegido por los alumnos que correspondió a Agustín Haya.

Después de varios meses de sesiones dominadas por los grupos más extremistas se aprobó un estatuto con tal cantidad de aberraciones de todo tipo que el Gobierno Militar no se atrevió a promulgarlo. Estuve buscando en estos días, yo tenía el documento completo, para extraer de ahí algunos de los temas que fueron aprobados. Solo recuerdo, por ejemplo, que me impresionó mucho que a la hora de iniciar estas primeras asambleas un alumno de una universidad de provincia vino en representación del vicerrector de su universidad, representaba dentro del módulo el cargo que le correspondía al vicerrector. Otra propuesta que traía el estatuto era la elección del rector por votación general de los llamados estamentos de la universidad, es decir, profesores, alumnos, personal administrativo en general, con el mismo peso para todos. Esto me inició un poco en lo que era la vida universitaria

del país.

La siguiente etapa de mi trabajo en la Universidad, que fueron los siguientes 21 años, de 1973 a 1994, la dedicación principal, sin olvidarme de la docencia, fue la administración de la Universidad. En 1973 comienza la etapa de la integración con el resto de la Universidad; bueno digo eso de la integración con el resto de la Universidad porque en realidad Ingeniería desde su fundación fue una unidad que pertenecía a la Universidad Católica, pero que era muy autónoma en sí y poco se integraba o no nos permitían integrarnos con las demás facultades de la Universidad misma.

Decía que en 1973 el padre rector en ese momento, Felipe Mac Gregor, me ofreció formar parte del Consejo Ejecutivo de la Universidad encargándome la Dirección Universitaria del Régimen Académico de los Profesores, más conocida como DURAP. Fueron tres o cuatro años en los que realmente me sirvió para conocer cómo era el movimiento en la Universidad y sobre todo conocí a muchos profesores de otras áreas también, que me llevó a formarme ya una idea un poco más clara de lo que representaba ser o estar en la Universidad Católica. Ese año conocí a Manuel Marzal Fuentes, sacerdote jesuita, que también se iniciaba como miembro del Consejo y en el que ambos participamos por 21 años consecutivos. Con Manolo mantuvimos una leal amistad que abarcó también a toda mi familia y que duró hasta sus últimos momentos. Manolo fue un buen amigo, asesor y consejero. Destacó en su especialidad, la Antropología, como docente, investigador y autor de un importante número de libros sobre temas de la antropología cultural y religiosa. También sobre eso podría hablar muchísimo más.

En 1977 fue elegido rector el doctor Tola y yo colaboré con él durante doce años como vicerrector en sus dos periodos que terminaron en 1989. Durante ese tiempo y el siguiente, comprendido entre el 89 y el 94, que me correspondió la responsabilidad de dirigir la Universidad, el país, como todos sabemos, atravesó por una tremenda crisis política y económica que consecuentemente repercutió en la Universidad Católica; fue la época de paros y

tomas de locales, amenazas de bombas y apagones por culpa del terrorismo. El Estado comenzó a reducir la importante ayuda económica que nos daba, en algún momento esa ayuda alcanzó a más del 50% de nuestros ingresos, pero en esa época terminó por suprimirla por completo. Los ingresos por pensiones académicas se reducían por la imposibilidad de muchos alumnos de cumplir con sus pagos.

Todo esto obligó, felizmente para mi entender, a que la Universidad comprendiera que tenía que aprender a vivir con sus propios recursos. En el área de la enseñanza se creó el CEPREPUC y el Instituto de Idiomas, las unidades académicas se preocuparon de ofrecer cursos de extensión y de especialización; los laboratorios, de sus pruebas y ensayos, y Plaza San Miguel fue mejorando poco a poco sus utilidades.

A pesar de todas las dificultades que he nombrado se consiguió mantener un buen nivel académico, se evitó en lo posible la deserción de estudiantes por problemas económicos, se acentuó aún más la austeridad ya tradicional en la PUCP desde su fundación, y se procuró que los ingresos de todos los trabajadores docentes y no docentes se mantuvieran en un nivel aceptable para la época crítica por la que se pasaba. Preocupación permanente de las autoridades fue considerar en los presupuestos anuales partidas para compra de libros para mantener actualizada las importantes colecciones de revistas especializadas de la Biblioteca Central y también para el buen mantenimiento de los jardines. Esto suena extraño que fuera una de las quizás principales preocupaciones, pero entrar al campus, ver sus lindos jardines y sentir la relativa paz y tranquilidad con que se realizaban todas las actividades, nos hacía olvidar por momentos el permanente miedo y la frialdad del exterior.

Tenemos que agradecer al personal administrativo y de servicio por su permanente y eficaz colaboración en toda esta etapa difícil. En lo referente a la economía, especial mención merece el ingeniero Fernando Giuffra Fontanés, por los muchos años que dedicó al manejo cuidadoso de los recursos de la Universidad compartiendo

su tiempo con el decanato de la Facultad de Ciencias e Ingeniería por 21 años. En la administración en general personalmente tengo que agradecer al ingeniero Carlos Lozada Legrand, en esos años director de Administración y a todo su personal, en particular al ingeniero Carlos Sotomayor, encargado de la Oficina de Mantenimiento y como algo especial fue encomendado del cuidado de los jardines, recordando al creador de ellos en el campus, el señor César Aza.

Como ya se me cumplió el tiempo voy a cortarlo. Pero hay un tema que no puedo dejar de mencionar dentro de la historia, es el referido a las huelgas y tomas de locales que con cierta periodicidad afectaban el normal desarrollo de las actividades. En todo el periodo más o menos complejo y difícil por el que pasó la Universidad las actividades se desarrollaron sin ningún contratiempo especial. Los apagones, los pocos recursos con los que contábamos tuvimos que irlos dedicando a poquitos para adquirir grupos electrógenos para que los apagones no nos afectaran las clases ni los trabajos en los laboratorios. Pero había algo que sí se nos escapaba, las dificultades que se presentaban para el normal desarrollo de las actividades en las periódicas huelgas y paros que hacía el Sindicato.

Habría muchas anécdotas sobre estos paros, pero como señalé, todos hemos terminado siendo amigos, las discusiones duraban lo que duraba el paro, los pleitos también. Ahora tengo muy buenos amigos que fueron dirigentes realmente de temer en esa época.

Los paros y las huelgas comenzamos en 1966 siendo rector el Padre Mac Gregor y luego ya en el campus periódicamente teníamos estas dificultades. Tengo que recordar por ejemplo que un día amaneció el campus pintado con insultos y la Universidad decidió presentar un juicio contra el Sindicato. La verdad es que el juicio no terminó porque hubo un acuerdo del Sindicato que lo ha venido cumpliendo hasta ahora, después de muchos años, en que no volverían a hacer pintas ni utilizar insultos con las autoridades.

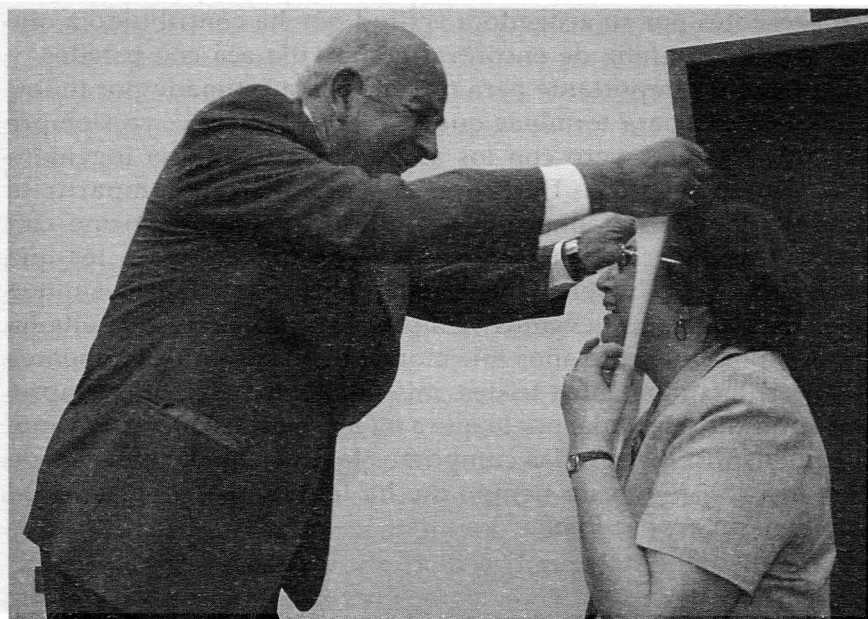
También recuerdo de los paros, y muchos de los que estamos acá ya algún tiempo, sobre las dificultades que teníamos durante los paros o huelgas de ingresar a la Universidad. No sé por qué razón teníamos la obsesión de querer entrar, era un poco, me imagino, no aceptar el que se nos impidiera entrar a nuestra Casa de Estudios. En una época eran realmente pintorescos estos ingresos porque por mucho tiempo el campus no tenía muro perimetral, entonces para los que estaban en paro no les era fácil conseguir que no entremos, la mayor dificultad estaba en la acequia de regadío que justamente rodeaba el campus, pero no era una mayor prohibición para el ingreso.

Luego los problemas se complicaron cuando se hizo el muro perimetral. Entonces ya nos era más difícil ingresar por encima del muro, muchos lo hacían, hay un actual decano que era el especialista. El problema era el control de la puerta: quien tenía el control de la puerta se suponía era el que iba a poder dominar un poco los días de paro; generalmente lo tenían ellos. Pero en algún momento, en las tantas reuniones que teníamos para ver cómo se solucionaban estos problemas, a alguien se le ocurrió, por qué no tomamos nosotros la puerta; entonces, con gran secreto, esa noche la Universidad tomó la puerta. Conseguimos, no mucho, que no entraran los del Sindicato a la Universidad, pero tampoco era fácil que entraran los nuestros. Bueno, en realidad, como digo, era una época que realmente por unos días, a veces más o menos largos, modificaban la tranquilidad interna. Recuerdo que el Consejo tenía que reunirse muchas veces en Plaza San Miguel, que ya existía, porque no nos era fácil ingresar.

Pero, como repito, todo pasaba y todo regresaba a su normalidad. Sin embargo yo tengo que confesar que nunca entendí las razones de los paros, pues no siendo la Universidad una institución con fines de lucro y no teniendo propietarios para repartirse posibles utilidades, los recursos se destinaban de acuerdo a las prioridades que siempre tiene una institución académica, pero, me imagino, era la época en la que se vivía, el gran movimiento político de todo tipo en esos momentos.

Desde julio de 1994 he regresado a realizar la tarea por la que dejé la Ingeniería y en la que me siento tan o más a gusto que en un inicio: la enseñanza de cursos de matemáticas.

Deseo agradecer a las autoridades de la Universidad, en particular al señor Rector, por este reconocimiento y por supuesto a todos los presentes por su acogedora actitud que ha contribuido a que me sienta muy feliz de encontrarme hoy día acá con ustedes, y lo que es más importante para mí, me sienta estimado por todos. Solo desearía para terminar que se me permitiera... yo siempre fui muy llorón... pero con los años, saben todos, no ingeniero Rey, eso se acentúa. Decía que me permitieran compartir la Medalla con la persona que ha tenido que compartirme con la Universidad cincuenta años. Y la verdad que para los que laboramos en la Universidad sabemos que nuestro trabajo, aunque no quisiéramos, lo llevamos siempre a la casa, o sea que ella ha pasado por cincuenta años mis momentos fáciles, mis momentos difíciles, mis momentos tristes, mis momentos alegres, siempre, por supuesto, afectada, por lo que a mí me pasaba con el agravante de que dentro de tres días cumplimos también cincuenta años de casados. En todo este tiempo me ha tenido que soportar a mí también: mi esposa Flavia.



Decía que me permitieran compartir la Medalla con la persona que ha tenido que compartirme con la Universidad 50 años

El Ing. **Hugo Sarabia Swett** impone la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.* a su esposa, Prof. **Flavia Arce Cáceres de Sarabia**, en el Auditorio de Derecho, el martes 18 de diciembre de 2007. (Foto por Giovanna Fernández)



En el Auditorio de Derecho, el martes 18 de diciembre de 2007, los profesores (de izq. a der.) el Ing. **Eduardo Ísmodes Cascón**, decano de la Facultad de Ciencias e Ingeniería; Ing. **Miguel Piaggio Henderson**, decano de Estudios Generales Ciencias; Ing. **Luis Guzmán Barrón Sobrevilla**, rector; Ing. **Hugo Sarabia Swett**, *Medalla de Honor R.P. Jorge Dintilhac, SS.CC.*; y Prof. **Flavia Arce Cáceres de Sarabia**. (Foto por Giovanna Fernández)

Nº 35

Don Hugo Sarabia Swett, hijo de Don Manuel Sarabia y de Doña Mercedes Swett, nacido en Lima el 21 de Marzo del año 1932 y domiciliado en San Miguel (Lima) calle J. Benavente No. 275, queda matriculado como alumno oficial del 1º año de estudios de la Facultad de Ingeniería. (Sección de C C)

Lima, 31 de Marzo de 1950

Cef.

H. Sarabia

Firma del Alumno

Firma del Secretario

Ficha de matrícula nº 35 de la Facultad de Ingeniería
(Lima, 31 de marzo de 1950)

Libro de matrículas de la Facultad de Ingeniería, p. 341



Los esposos **Hugo Sarabia Swett** y **Flavia Arce Cáceres de Sarabia** celebran con su familia los 50 años de matrimonio, realizado en la iglesia de Cristo Rey (Santa Beatriz, Lima) el 21 de diciembre de 1967. (Buenos Aires, 2007)

Adhesión

Una vida que traduce la fe

Elsa Tueros Way

Debo agradecer en primer lugar al ingeniero Hugo Sarabia Swett, ex rector de nuestra Universidad, por permitir que en este alturado acto de la Asociación de Egresados y Graduados, se me haya concedido expresar lo que percibo, pienso y siento sobre su persona.

Hugo Sarabia es ingeniero civil por la Pontificia Universidad Católica del Perú y magíster en Matemáticas por la Universidad de Notre Dame de los Estados Unidos de América.

Es el entrañable amigo, persona cristiana, ejemplar en su hogar y vida de familia, de sólida moral y de una limpia y eficaz trayectoria profesional y académica en nuestra querida Casa de Estudios.

Constituye, pues, para mí un desafío decir en apretada síntesis lo más destacado de las diversas dimensiones de su persona y de su fructífera vida.

Al atreverme a escribir sobre el ingeniero Sarabia lo primero que me sorprendió fue el constatar que son más de treinta años de cercanía amical en la vida profesional y en una cálida amistad con su querida y apreciada familia.

Sin embargo, entrelazados en mí los sentimientos de temor y alegría por tener que hablar sobre él ante esta asamblea, sentí que más de tres décadas de amistad me daban una cierta seguridad para expresar con sencillez y honestidad, y con un profundo gozo lo que mi espíritu puede recoger de una vida colmada del bien y de la más plena fecundidad.

* Discurso leído el 23 de octubre de 2008, en el Swissôtel (San Isidro), durante la XI Ceremonia a Ex Alumnos Distinguidos de la Asociación de Egresados y Graduados de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Y aunque salga de lo protocolar no puedo dejar de nombrar a mi querida Flavia Arce de Sarabia, su ejemplar esposa, quien siempre ha estado al lado de lo que ha significado para Hugo llevar el peso del día y del calor, así como la densidad de las alegrías en tantos años de trabajo en la Universidad –son más de cincuenta– los dedicados al trabajo intenso, fuerte, firme, sostenido y fiel a los principios humanos y cristianos por llevar adelante nuestra Casa de Estudios.

Es éste uno de los más preciosos testimonios de los esposos Sarabia Arce porque los días felices y los menos felices siempre han sido y son de los dos.

Ahora bien, consecuente con la extensión que se nos ha pedido para la semblanza me fijaré de modo particular en la trayectoria universitaria del ex rector.

Mirando a nuestro homenajeado en sus cargos de gobierno y de responsabilidad, especialmente como rector y vicerrector, debo decir que el ejercicio de su labor ha sido fuente de inspiración para muchas personas. De ello soy testigo de excepción. Fuente de inspiración porque hemos apreciado en él de modo constante cómo ha vivido con una firme e interna seguridad

y con un agudo y permanente tanteo para buscar con honestidad e hidalguía el crecimiento de una obra que siendo suya, no le pertenece, porque está creada para el bien común institucional y para el servicio de la sociedad, de la Iglesia, del país y del mundo.



Ex Alumnos Distinguidos 2008. De izq. a der.: Dr. César Fernández Arce, Dra. Matilde Ráez Villa-García, Sr. Alejandro Sakuda Moroma, y el Ing. Hugo Sarabia Swett.

Siendo rector actuaba siempre con esa interna seguridad de quien está firmemente identificado con la naturaleza, la misión y los principios cristianos y católicos que inspiran a la Pontificia Universidad Católica del Perú, y por ellos luchaba con tenacidad al lado de sus colaboradores.

Asimismo, trabajaba con el permanente tanteo de quien con humildad reconoce que siempre hay que caminar en fidelidad creativa y buscando con unos y con otros los mejores medios para salir adelante.

Valga un ejemplo. Durante los años de su rectorado el país atravesó por una de las más fuertes crisis en lo político, en lo económico y en lo social. Él con la sencillez, la modestia y la firmeza que lo caracterizan, procuró en una franca actitud de apertura y comunicación los mejores medios para sacar adelante a la Universidad y cuidar así de modo equitativo que no sufrieran los salarios de profesores, administrativos y trabajadores de nuestra Casa de Estudios.

Hugo Sarabia no es una persona que disfruta de reconocimientos públicos. Puedo afirmar que no es una persona que busca lugares y honores.

Es el hombre desprendido y sencillo que disfruta lealmente de los amigos, de la buena lectura, del mar, de la lluvia, de un día de sol, de la hierba y de las flores; que aprecia con sencillo asombro, con gratitud y alegría todo lo bueno, así como los logros que ocurren en su vida y en la de otras personas, en la de todas, sin excepción alguna. Disfruta con sinceridad y transparencia de los éxitos profesionales y académicos de sus colegas y amigos.

Vivir la providencia para él es algo natural. Casi nunca habla de su fe en Dios, pero su vida la traduce.

Siempre cercano, afable, cordialmente amical, providente y con esa cierta discreta sequedad recibía, siendo vicerrector o rector, a las personas que preocupadas por los afanes de la tarea universitaria o inquietos por sus duras necesidades, tocaban su puerta y recibían siempre su apoyo y atinado consejo.

Por sus cargos de responsabilidad ha impulsado sin desmayo el crecimiento académico de los profesores de la Universidad. Con esta visión ha buscado asegurar el futuro institucional y por ello, ha animado sin descanso a los directivos de las unidades académicas para encontrar las mejores posibilidades de estudios de postgrados para los jóvenes profesores en quienes siempre ha depositado una ilimitada confianza.

Es hombre de gobierno, lúcido y sabio en su magisterio. En esto y en la modestia se parece mucho al que fuera su gran amigo, el Padre Manuel Marzal, S.J., de feliz memoria. Sin duda si él estuviera físicamente entre nosotros, no se libraba de hacer este discurso, superando sobremanera mi pequeñez. Con certeza creo que él se encuentra esta noche celebrando con nosotros este momento de exaltación del entrañable amigo.

El ingeniero y el matemático manifiesta en su vida cómo vive una persona de ciencias exactas, inmerso en el mundo y en la historia. Nada de lo humano le es ajeno, igual entra en la profundidad de los intrincados problemas matemáticos o de los difíciles cálculos como en el gozo profundo que le produce el viajar o el apreciar las obras de arte, el teatro o la música, así como muestra la más grande cercanía al acompañar situaciones graves y difíciles de las personas.

En el ejercicio de su magisterio goza en profundidad como todo buen educador. Es cuidadoso al extremo en la puntualidad de sus clases y asesorías.

Se muestra interesado siempre por instruir con rigor científico a los alumnos, pero a la vez está seriamente preocupado por

formarlos en la disciplina, en la práctica de los valores morales y en el "Espíritu de la Casa".

Con visión prospectiva, siendo rector, impulsó en la Universidad la creación del actual Centro Cultural, que apoya en gran medida el desarrollo de la vida cultural de nuestra sociedad, el Instituto de Estudios Internacionales, el Centro de Servicios y Transferencia Tecnológica, hoy INNOVAPUCP, el Centro de Estudios Preuniversitarios, el Centro de Investigación en Geografía Aplicada, el Centro de Investigaciones y Servicios Educativos, entre otros.

Asimismo, promovió las relaciones interinstitucionales y de modo eficaz con el apoyo de las diversas cooperaciones internacionales, animó el desarrollo de múltiples y variados proyectos llevados a cabo por las distintas unidades académicas en favor de las poblaciones más necesitadas.

No debo dejar de decir una palabra sobre su amor al Perú y a sus personas. Siempre me ha llamado la atención cómo el ingeniero y matemático se interesa y valora intensamente la diversidad cultural y étnica de nuestro país. En este sentido un testimonio del que quizá él no se ha percatado, pero que muchos lo percibimos, es el aprecio y afecto con que trata a las personas sencillas que han tenido menos oportunidades en la vida. Las anima a estudiar o a encontrar el trabajo adecuado para que puedan desarrollarse en lo individual y en lo social.

Para terminar es justo recordar cómo desde el año 1961 hasta culminar su rectorado en el año 1994, desempeñó en la Universidad sin interrupción cargos de responsabilidad: secretario académico de la Facultad de Ciencias e Ingeniería, jefe del Departamento de Ciencias, miembro del Consejo Universitario, director universitario del Régimen Académico de los Profesores, vicerrector y rector.

Esta fecunda trayectoria vivida en el corazón de la Pontificia Universidad Católica del Perú, atento a las necesidades del país y

a la escucha de las personas, llega en el año 2007 a la celebración de sus cincuenta años dedicados a la Universidad.

Por ello, como ex rector, el Consejo Universitario le otorgó la *Medalla 90 Años de la Pontificia Universidad Católica del Perú* y asimismo, la *Medalla de Honor R.P. Jorge Dinthillac, SS.CC.*, máxima distinción que otorga la Universidad a los personajes ilustres de la Casa y de la sociedad. Asimismo, el Consejo de la Facultad de Ciencias e Ingeniería le concede un merecido reconocimiento al maestro y colega al celebrar su 75º Aniversario.

Esta noche, noche de profundo gozo para el espíritu, me atrevo a decir que Hugo Sarabia Swett, más que el maestro y ex rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, es el hombre lúcido y honesto que pasa por la vida sembrando vida.

Pienso que Dios cuando creó a Hugo debió decir: Allí va al mundo un hombre bueno, sabio y providente. ¡Un hombre de fe!

Índice

<i>Presentación,</i> por Luis Montestruque Zegarra Profesor principal del Departamento de Ciencias	5
<i>Un magno rector,</i> por Miguel Piaggio Henderson	13
<i>Invariablemente honesto,</i> por Luis Guzmán Barrón Sobrevilla	17
<i>Mi vida en la Universidad Católica,</i> por Hugo Sarabia Swett	21
<i>Adhesión</i>	37
<i>Una vida que traduce la fe,</i> por Elsa Tueros Way	39

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Paucar Chumpitaz
Soledad Acosta Mondragón
Cinthia Llanos Ramírez
Luis Sandoval Gómez
Carolina Uceda Castro
Álvaro Quiñones Huapaya
Amy Saravia Chávez
Ysabel Morán Cávero
Verónica Alata Villa
Lola Chávez Espiritu
Archiveros

Marita Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Eduardo Meza Valencia
Bibliotecario

Ejemplar N°

El número 51 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 22 de marzo de 2009, festividad de San Nicolás de Flüe y 77° natalicio del ingeniero Hugo Sarabia Swett. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.